

su predilecto discípulo:¹ *Depositum custodi.* Si: guardad el sagrado depósito que os ha confiado; no os contentéis ¡oh hijos de España y de las que fueron sus colonias! no os contentéis con ser tan sólo católicos de nombre, mientras por imitar á otras naciones que os están continuamente predicando una falsa tolerancia, admitís cual verdaderas religiones todas las quimeras que la malicia y la locura pudieron sólo inventar, y que la piedad de vuestros mayores alejó siempre de vuestra patria, no omitiendo para ello los más costosos sacrificios. No por querer igualaros con otros países que, porque impíos tienen la audacia de creerse en el apogeo de la civilización, oséis despreciar al venerando Pastor que Dios ha colocado á la cabeza de todos los fieles, y os pongáis de parte de los que quieren despojarlo del pequeño territorio que la gracia de Dios, la voluntad de los pueblos, la generosidad de cien soberanos, la justicia de mil y mil guerreros, el consentimiento universal del Orbe católico le ha asignado para que pueda cumplir con la sacrosanta misión que le confiara el Hijo del Dios Vivo, de regir y gobernar la Iglesia que comprara con su sangre preciosa. Conservad no sólo el inviolable depósito de los dogmas, sino también el de las piadosas tradiciones que os legaron vuestros padres; no desmintáis jamás el apego al Vicario de Jesucristo que tanto os ha distinguido; confesad abiertamente y defended los buenos principios que siempre han reinado en vuestra patria; confesadlos sin miedo, que el Hijo de Dios también os confesará á vosotros.

¿Qué nación, en efecto, se ha mostrado, ya sea en los tiempos antiguos, ya sea en los modernos, más celosa

¹ I. Tim. VI. 20.

defensora de la Religión; más ardiente sostenedora de la Silla de Pedro que vuestra católica España? No habían pasado aún muchos siglos desde que, dócil á la predicación del Apóstol Santiago, había abrazado la religión del Crucificado, cuando el mundo todo, según la bella expresión de San Jerónimo, contempló anegado en lágrimas el horrible estrago que hiciera la herejía, y lleno de sorpresa vió que la lepra del arrianismo lo había cubierto de piés á cabeza; *ingemuit orbis totus et se esse Arianum miratus est.* España no pudo menos que resentirse del universal contagio; pero no os son desconocidos los inauditos esfuerzos que sus buenos hijos hicieron para librarse de tamaña calamidad: hasta que en medio de esto surgió el gran monarca Recaredo, que restableció en sus dominios el culto puro del Dios Uno y Trino, é hizo que sus súbditos todos doblasen sumisos la rodilla ante el infalible Jefe de la Iglesia.

¡Padres venerandos de los inolvidables Concilios de Toledo! Vosotros que vivís aún en los imperecederos cánones que formasteis; vosotros cuyas sábias disposiciones han merecido ser colocadas al lado de las que el Espíritu Santo dictara á los inspirados Pontífices de Trento y de Nicea; vosotros cuya prudencia, no sólo en empuñar el báculo pastoral, sino en aliviar á los monarcas Godos del grave peso de su entonces mal forjado cetro, arranca aun hoy día los más vivos elogios de aquellos mismos que consideran vuestro siglo como una época de inaudita barbarie y de inconcebible ignorancia; vosotros cuya santidad ilustra á la Iglesia y anima á los que hoy rigen vuestros rebaños á seguir por la senda que les trazarais: Padres venerandos, hablad vosotros, y sed tes-

tigos de que si España en aquel tiempo aun no se condecoraba del insigne título de Católica, era ya acreedora á tan ilustre blasón. No sólo fué su suelo regado mil y mil veces con la sangre de los que, defendiendo el dogma católico caían bajo el hacha de los herejes, sobre la tierra que acabaran de consagrar las reliquias de innumerables mártires con que el paganismo la había enriquecido; no sólo se apresuraba á proclamar al sucesor de San Pedro, Padre de los Padres, Pastor de los Pastores, Cabeza visible de la Iglesia; sino que se esforzaba, más que ninguna otra nación, en purificarse más y más de las manchas con que los maldecidos restos del pueblo de Israel no cesaban de afean su cándida vestidura. Muchos siglos habían de pasar antes que el inmortal Pío IX definiese desde su infalible cátedra la Concepción Inmaculada de Nuestra Madre María, cuando ya sus Pontífices la pregonaban, sus Doctores la enseñaban, sus fieles la veneraban y la trasmitían á sus hijos como una de las verdades más dulces, uno de los artículos más consoladores de nuestra Fé.

Pero ¿qué nube de polvo miro alzarse de súbito en las fértiles llanuras de la Bética? ¿Qué turba de victoriosos enemigos avanza como un rayo desde las márgenes del ensangrentado Guadalete hasta las faldas del Pireneo? ¿Dónde están ¡oh España! tus cristianos hijos que no estorban que el impío Mahometano destruya sacrílego tus templos, tus santuarios, tus monasterios; que sacrifique á tus sacerdotes; profane á tus vírgenes; huelle la Cruz que plantaras á costa de tantos trabajos y en que cifrabas toda tu dicha? ¿Dónde están tus hijos que ya no se esfuerzan en guardar intacto el sagrado depósito

dé la Fé, en apartarse de los enemigos del nombre cristiano? ¡Miradlos! Ni la traición, ni la fuerza, ni la perfidia han sido capaces de arrancar de sus generosas almas la semilla de la Religión. La suerte, es verdad, los ha abandonado en el campo de batalla; y los secuaces de Mahoma han edificado un reino de vicio y de desorden sobre las ruinas de la monarquía Goda; pero aún queda un puñado de valerosos cristianos en las montañas de Cantabria, á quienes no aterroriza el infinito número de los triunfantes infieles. La Cruz es su bandera, y bajo su sombra salen de las cavernas que los ocultan á sus perseguidores, y empiezan á combatir sin tregua contra el Sarraceno. Siglos pasan antes de que puedan llevar á cabo la gloriosa pero gigantesca empresa de arrojarlo de su suelo; mas se arman de constancia, y palmo á palmo reconquistan su robado territorio. El Señor los protege visiblemente; y el insigne Apóstol, á cuya predicación debiera España su conversión á la Fé, no desdeña abandonar su silla de gloria y baja á pelear él mismo contra el Mahometano. Apiadado, por fin, el cielo, corona las fatigas de sus hijos; y mientras la Católica Isabel planta el estandarte de la Cruz sobre las torres de Granada, el último rey moro que osara ceñir corona en España entra llorando en la barquilla que lo conduce á su África.

Pasan algunos años, y España, al par que la más fuerte, es la nación más cristiana de la tierra. Su misión es ya más elevada, su deber es ya no sólo tutelar la Religión en los límites de su territorio, sino en toda la extensión de Europa, y proteger con las armas al Vicario de Jesucristo. El Mahometano es más poderoso que nun-

ca, y sus incontables naves amenazan traer la execranda enseña de la Media Luna hasta las sagradas márgenes del Tíber. En tan grave conflicto, alza la voz el Jefe de la Iglesia: España es la primera que la escucha; el inmortal hijo del gran Carlos V empuña la bandera de las celestiales Llaves, y al frente de cien y cien bajeles destruye en un momento el poderío de los secuaces de Mahoma. ¡Españoles que me escucháis! Cuando visitéis en esta Santa Ciudad el hermoso templo dedicado á Nuestra Señora bajo la advocación de las Victorias, echad una mirada á los pabellones Turcos que penden destrozados de su techo, y enorgullecéos al pensar que la piedad y valor de vuestros mayores los arrebataron al infiel en el golfo de Lepanto, para humillarlos á los piés del Sucesor de San Pedro. Enorgullecéos, y esforzáos en mostraros dignos de tamaños abuelos. Enorgullecéos, repito; y al paso que admiráis el santo zelo del joven de Austria en su solemne triunfo, admirad no menos la cristiana fortaleza de su insigne hermano el renombrado Felipe II, en el revés que sufriera la invencible armada que enviara á castigar los crímenes de la herética Inglaterra, y que el Dios de los ejércitos, para su mayor castigo, hizo que destruyeran las ondas del Océano, abandonando aquella isla á los caprichos y pasiones de sus obcecados moradores.

¡Oh Rey Prudente! y de cuánto no te es deudora la Iglesia! ¡Cuánto no te debemos los descendientes de aquellos que tuvieron la dicha de ser regidos por tu piadoso cetro. El que este indigno siervo del Señor esté aquí predicando su santa palabra, en vez de adu-
 terarla con las pestilentes doctrinas de Lutero ó Calvi-

no; el que los que me escuchan hayan recibido de sus padres la Religión de Jesucristo pura y sin mancha, en vez de los abominables errores que á tantos en otras tierras transmiten los que les dieron el sér, ¿á quién lo debemos sino á tí ¡oh católico Monarca! que con brazo enérgico contuviste la herejía protestante, que después de recorrer triunfante el Norte de Europa, amenazó mil y mil veces cruzar los Pireneos? Sí, Señores; cuando oigamos calumniar á este sabio soberano; cuando en nuestra presencia se quiera vilipendiar la pretendida crueldad del tribunal salvador de la Santa Inquisición de que él fué tan insigne protector, respondamos sin miedo que á ellos, después de Dios, debemos el que España y más de la mitad del Continente Americano no estén hundidas en las tinieblas del error, y se gloríen aun en medio de las vicisitudes de nuestros días, del glorioso nombre de católicas. ¡Ah! mientras sus sucesores no se apartaron de sus máximas; mientras siguieron escrupulosamente sus huellas; la Religión y la moral reinaron imperturbables en los vastos dominios españoles; ni la tea asoladora de la guerra destruyó jamás sus fértiles provincias. Y ved, Señores, que no hablo ya de la reducida península Ibérica; hablo de todo un mundo, que por casi tres siglos gozó de una paz, de una tranquilidad, de una dicha, de que no podemos formarnos una idea. La obediencia á la autoridad era ciega; la lealtad al Soberano sin límites; el respeto á los ministros del altar rayaba en adoración. ¿En qué parte, cual en las Américas españolas, enriqueció la piedad con tanta profusión los templos del Altísimo? ¿En qué parte se vió renacer la simplicidad, la devoción, la caridad de los primitivos tiempos

de la Iglesia? ¿En qué parte se cerraron tan perfectamente las puertas á la herejía, á la impiedad, á la corrupción?

Pero apenas los malhadados consejeros de Carlos III lo hicieron desviarse de las tradiciones de sus predecesores; apenas lo persuadieron á adoptar mil y mil falsas reformas, cuando la corrupción empezó á introducirse, la irreligión á cundir, y poco á poco se preparó el camino á los escándalos con que, tanto la madre patria como las antiguas colonias, han horrorizado al mundo. No quiero amargaros este fausto día con tan funesto cuadro; cubra sus horrores un denso velo, y demos gracias á Dios porque en esta última crisis España se ha mostrado digna de sí; y mientras otras muchas naciones, ya por debilidad, ya por perfidia, han aprobado los sacrílegos atentados cometidos contra el Representante de Dios sobre la tierra, ella ha permanecido firme y constante en aclamarlo á la faz del mundo Pontífice y Rey.

Demos gracias á Dios porque vosotros, en vuestra peregrinación á esta Capital del mundo cristiano, habéis imitado la magnanimidad de los santos Reyes Magos cuando fueron á Jerusalén preguntando: ¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? *Ubi est qui natus est Rex Judæorum?* ¡Ah! cuántos habrán dicho de vosotros lo que los judíos dijeron de aquellos piadosos varones. ¡Herodes es el único rey de Judea, y á su puerta misma vienen estos extranjeros á buscar al soberano de estas comarcas, y le declaran que han abandonado sus remotas tierras y han arrostrado los peligros de un largo viaje, por ver al que impera sobre este territorio, y que el

que tanto anhelan encontrar no es él sino un oscuro pretendiente! Una es Italia; uno es su monarca: y ¿pretendéis hallar al Rey de Roma? Las naciones civilizadas han declarado su poder decaído, ¿y vosotros venís á adorarle? Guardad, guardad los ricos presentes que le traéis y no queráis resucitar las antiguallas de vuestros abuelos que jamás hallarán cabida en este siglo de luces. Así os han dicho los pretendidos sabios de nuestros días: pero Dios sea loado que habéis comprendido bien vuestro deber y habéis respondido con valor: *Vidimus stellam ejus in Oriente et venimus adorare eum.* Vuestro orgullo os ha ofuscado la vista, soberbios reformadores, y ha impedido que hieran vuestras pupilas los esplendentes rayos que despiende el Astro luciente de la Fé; nosotros, por la gracia de Dios, lo hemos visto; nosotros no hemos tenido la locura de vendar nuestros ojos; y á la claridad de esa fúlgida estrella, hemos contemplado al Vicario de Jesucristo sentado sobre ese trono de roca que jamás vencerán las puertas del Infierno. No nos han alucinado las fuerzas de sus enemigos; no nos han intimidado sus amenazas, que de él será la victoria porque él viene en el nombre del Señor. Hemos venido á adorarle, y á mostrarle con los ricos presentes que le traemos, que España y las católicas hijas de España aún mantienen viva y pura la Fé que siempre las ha distinguido. Loado sea el Señor, Hermanos míos, loado sea el Señor que os ha dado fortaleza para tan generosa confesión. Feliz vuestra nación que ha sabido por tantos siglos conservar inviolable el sagrado depósito de la Fé, y repeler los ataques de los que han pretendido arrancársela. Pero ¿ha mostrado igual celo en comunicarla á los que care-